

# PORTAFOLIO



# Cuba en 12 días

Cecilia Larrabure

## **Cuba, enero 2013**

Fidel está aún vivo, aunque nadie sabe dónde ni cómo. Su omnipresencia se respira a cada paso que uno da en esta bella isla. Su gente amable, cálida y respetuosa te hace sentir bienvenido de inmediato, a pesar de la experiencia tipo Gestapo en la revisión de documentos y equipaje en el aeropuerto José Martí.

Por fin La Habana, esa ciudad que desde adolescente resonaba siempre en mi mente. A los 47 años finalmente aquí estaba, feliz, dispuesta a bailármela enterita. Las fotografías venían unas tras otras, como regalo divino por la espera. Una ciudad avejentada y olvidada, pero con estilo, y mucho.

Nos adentramos en cuanto bar pudimos, bailamos todo lo posible y más, comimos “moros y cristianos” hasta descubrir la langosta a la parrilla por un precio impensable en el Perú. Fuimos al Museo de la Revolución y al Capitolio; encontré extraña la convivencia de Chevrolets de los años 40 con modernos Audis (pocos, claro).

Cienfuegos fue liberada por el Che, y un enorme panel con un retrato suyo estilizado por algún diseñador gráfico *recibe a los visitantes* a la entrada de la ciudad. Nos espera doña Rosa Montes,

la señora que nos da posada en su casa. Ella vive en Punta Gorda, una extensión de tierra, como una lengua unida a la isla, pero rodeada de mar. Nos cuenta que su padre era ebanista y que cuando se casó le hizo su juego de dormitorio: cama, ropero, mesas de noche y tocador. Ella nos cede su cuarto y, cuando me echo en su cama, sueño con el ebanista y con doña Rosa vestida de novia.

En Punta Gorda nos recomiendan ir a almorzar a El Mandy, un restaurante campestre a orillas de un brazo de mar, lleno de esculturas de animales estilo *kitsch*. Mandy nos recibe y nos instala en un muelle sobre el mar. Había una mesa perfectamente puesta, con vajilla inglesa del siglo XIX y copas de cristal tallado. Nosotros en pareos y ropas de baño nos sentimos poco dignos de tanta magia, pero respiramos y decidimos disfrutar de la langosta, el champán y la buena compañía. Divino todo.

Trinidad, barroca y elegante, tres horas más allá de Cienfuegos, *se muestra* con sus calles empedradas y sus techos a dos aguas. La ciudad casi no ha cambiado desde el siglo XVIII, pero, en vez de carruajes a caballo que llevan barones del azúcar con sus pelucas blancas, ahora vemos turistas en bicicleta. Nos vamos para Ancón, la playa de Trinidad, a tomar mojitos dentro del agua tibia y transparente del Caribe. Sin palabras.

Quería ir a Cuba desde siempre. Sentía que *debía* ir. Antes que Fidel se fuera y llegara McDonald's. Lo logré, con las justas, pero lo hice. Y, ahora que McDonald's ya está con un pie dentro, igual quiero regresar, todas las veces posibles.























